



El otro idioma de la muerte

Ivan Rusch

Editorial Ojodeagua

El otro idioma de la muerte

Ivan Rusch

La muerte es una finitud dialéctica. El ser dialéctico, es decir, el hombre, es el único ser mortal, en sentido lato. La muerte de un ser humano difiere esencialmente del "fin" de un animal o de una planta, así como de la "desaparición" de una cosa por simple "desgaste".

Alexandre Kojève

*Dedicado al lector, que escribirá
con su lectura estas páginas en blanco.*

Lo quemado

Es el pasado que se amontona en tu boca,
es lo que se ha quemado en tus manos, tu crisol,
cenizas de hombres, huesos de ideas, pozos:
Criado un vergel al costado de mis preguntas,
criando en ellas locura u olvido, pero no:
Tañe campana de ayer, cuando la hora rósea,
el sonido ese es mi grito cerrado en tus dientes,
cielo que baja impío, surge la duda, fiera de circo:
Tiemblo, como respuesta sin pregunta tiemblo,
como gala en un lugar equivocado, cueva de hombres:
El pasado, luna con óxido en el vientre,
espanto de las manos sobre el trueno, gracia total:
Pasado es el insulto del futuro,
el futuro el pasado del presente:

Lo quemado vuelve,
y en esta noche abierta de tristeza me busco,
en tu cara cerrada, tus manos de agrura,
y es en ti el pasado esto que me define
o me borra.

Nada, Nadie

¿Quién soy yo que no soy nadie?

¿A quién le hablo, sin mí, sin nadie?

Es fluido griego el de la conciencia, es nada,

pasado, pobre hoja quemada en la hierba,

hierba atada al destino de los hombres:

¿Y cuál somos? ¿Quién sale o entra a la caverna?

Busca en tu boca, mina inmortal, tu cabeza de altozano,

rasca las columnas que te quedan bajo los dedos,

destierra a los olímpicos que te muerden la memoria:

Lo que yace está yermo, la cultura ahí duerme:

Yo, nadie entre nadie, regreso al vientre de tu sombra,

y sin saber quién, pero aún te amo:

¿Quién eres tú que no eres nadie?

“Me confundiste con tu sombra”, compasivo me

responde.

El insomnio revertido

Hay un ojo que se abre cuando se abre
el insomnio: Puerta de meteoro en reversa:
Eres entonces oscura, como el ascenso de la tristeza,
rompes gargantillas frenéticas que te circulan,
los dedos prosperando, hedera que ahoga el cielo,
inflorescencia de rabia que muerde el silencio:
/Es la vida que se arranca, es ella, otra enemiga nuestra,
sin sus ataderos la muerte nos tendría libres,
retozando en ejidos vetustos, jugando a ser impropios:
Y el ojo abierto va quebrando el espacio,
y hay de repente grietas en el polvo o el aire,
y se ven juglares de la memoria en la sangre,
y todos los ojos están cerrados ante la apertura final:
Bella, y te debo aún palabras:
Hay circos cruzando la sonrisa, una selva de repente:
imaginada como tu sonrisa se reescribe mi cara
pues es espejo el ojo,

y yo noche en el insomnio.

El miedo

Soy de vértebras contadas, hijo de nadie, patriarca vacío:

El pasado se rompe en sílabas, como la cólera, como

dios:

¿Cuántas veces se rompe dios? ¿El miedo lo doblaga?

Hay zarza en los ojos, pestañas de fuego, ojo por diente,

de dientes caídos viene el miedo, de ahogo en los rieles,

miedo que viene, hay sangre en la saliva, beso de miedo,

beso de dios, beso partido:

Ah, lira romana, sacro viento de los altísimos, arrasa:

Come (ven) este pueblo que soy, con sus casas

consumidas,

su atalaya fantasma, su muscína en los escaparates,

arrasa, miedo, dios, céfiro, gloria de antes, tigre nonato,

desaparece estos dedos arrugados,

riela en el cielo árido de estos ojos,

fulmina el polvo de estás palabras:

Nace como el día, como yo una vez,

sé criado entre mis costillas,
crece y alimenta toda mi fiebre:
madura hasta la muerte:
vive por miedo a la vida.

El pueblo

Cuántas sangres han pasado por esta casa:
ahogados en las grietas de la indiferencia
todos han huido, todos, sin sangre, pálidos,
(hija de salvaje, lila, violeta, ahí estás, huye)
El sur, contingente, se presta al recuerdo,
caja torácica de la historia, sol de piedra tallada,
(hijo de norteño, une las gavillas, deja el trigo, ven)
Somos los recordados, el llanto de la historia,
águilas como fucilazos, así bajamos al recuerdo,
en la evocación misma nos formamos como dioses de
barro,
en los libros de la ira nos escribimos con gritos y dientes,
en las rampantes estatuas somos las fisuras infinitas:
(Y los que han huido, ¿Por qué huyen)

Saben que mejor es ser
del olvido, pues la sangre
recuerda sólo
a los que la han derramado.

El amigo/el dios muerto

Mi amigo ha muerto/dios vive
el afuera lo mató/el mundo arde
papá lo enterró/el castigo retumba
en una tierra olvidada/el cielo bajó
había fuegos fatuos/los muertos recuerdan
y flores olorosas a olvido/los muertos perdonan
el barro rugía en mí/la tierra tiene hambre
era un niño o un dios/Yahveh renuncia en mí
y me amaba como a los campos/la luz se traga a sí misma
Sólo él supo llorar conmigo/Es el que es, era y ha de
venir
Sin reinar en libros de libro/La iglesia rompe el
campanario
Supo ser hombre o niño/Los días se comen a dios
Y crecer a mi lado como la hierba/La hora de la vida
Pero ahora él ha muerto/La hora del olvido
Y yo escribo bajo la tierra/dios muere

El lamento de don Calvo

Ah, la mañana revuelta como sus cabellos,
rojos de amor y odio, algo de asco (el té ha hablado):
Sol por los huesos, amargo despertar en la nada,
la nada abriendo las cortinas de toile, el mundo en un
bostezo,
mirarla es contemplar la carne del pasado,
en su rostro está la historia de los hombres rotos:
De piedra azul, migración de palabras, soledad:
Ah, mañana sin ella con ella ahogada (el mar en la boca)
fluido del ser en el aire, conciencia del tiempo/¿dónde?:
En el aroma que desprende la tierra, ácido, viejo,
allí el tiempo nos despide a todos y se prepara su
hipogeo:
Ah, yo soy el lamento del tiempo, su angustia y llanto,
una lágrima que el tiempo dejó caer en descuido:
Y la mañana se borra tras las estatuas, y ella clama por
mí:

Bajo el horno del oeste la materia se disgrega en protesta,
el yo no es en el otro
y los otros no sacrifican al tiempo.

El segundo lamento de don Calvo

Pensando en Friedrich, Robert, Edgar, Vladimir,
la chimenea arrulla el fuego para que muera,
viendo mis dedos mortales caminar las páginas
de la ceniza, la ceniza de los días, mis dedos,
asumo racionalmente que el momento es único,
pero es repetible en cuanto lo olvidamos: no es:
Pensando en ustedes, en nosotros, creo en la cobardía,
que es otro espejo ilusorio de nuestra conciencia,
toda el agua no pasa por la garganta,
toda la tierra no cabe en las manos,
toda la humanidad no nace en el tiempo:
Ellos lo supieron, los pienso, y soy el sol sobre Herisau
o las pesadas piedras a orillas del Neckar:
Nosotros los miramos tras escaparates mundanos
y caminamos nuestra no vida sin riesgo,
nuestra poesía llena de vanidades

-El vacío me cierra la

mano

Cicatriz

Reverdecen los ojos en la tierra,
abierta de filos y perros, laguna de rumores,
Calíope se muere de duda en la lengua,
en estos dedos tristes que te reclaman
al tiempo,
dueño absoluto de tu existencia a través de las estaciones:
Pero rosa estás lejana, secreta,
abrumada por la realidad que grita, cae
como ave de presa, vertical y firme, sobre tu carne:
Ambos reconocemos la distancia,
y la recorreremos idos, melancólicos, con los pies
de los que saben perder sin morir:
Más el cuerpo de caliza ya sometido:
Abre tu puerta, día que me hizo estatua, bella,
y ama por siempre al instante que entra sonriendo,
yo sabré aún que soy cicatriz en tus ojos.

Sobre la duda

El ardor en los ojos es vida, el ardor,
la lágrima y la sangre como hermanas,
círculo de oro, Midas de la tristeza, quién osaría
tocarme:
El quinquenio de los generales y las reinas,
los sudados cuerpos de cristos redivivos en maratones,
miembros grises de una sola tumba:
como orquídeas fantasmas, ocultamos la palabra,
burla de la ignorancia es la palabra,
somos certeza del engaño, con hadas en la boca,
la belleza caída de un cáliz, gota ilusoria, gota de espejo,
la caída es cierta, no el impacto, no la tierra:
El conocimiento verdea,
mas a la hora de la tormenta,
no abran la puerta, aseguren las ventanas:
pues en la casa el agua y la miseria anegarán todo,

pero será afuera donde las preguntas
partirán los huesos de todas las certezas:
Y la carne es débil sin la duda.

El nombre

Cosechas negras hay en los valles, ruidos de ausencia:

Apuntas con el dedo la mañana,

el frío despertar de los sentidos y los gallos,

drenas la escarcha que te rompe los dientes,

subes a la mesa y nombras lo callado:

Prisma, cólera, blasón, humano, amor quizás:

Al llamado del horror acude tu celo,

cercas con etiquetas y letras,

hay nudos en la cadena de la lengua,

y sigue acudiendo la tierra a tu vientre llamando

todo lo que en la tierra se mueve:

Única bajo los alisios te nombro eterna:

Yo sigo esperando que mi nombre resuene

en tus cavidades, tus arterias:

que sea nombrado por el nombre que era y desconozco,

nombre donde empiezo y termino,
palabra o silencio, apenas conocido
por la veracidad de tu forma y su lenguaje vivo.

Los huesos

Estoy hirviendo en una olla de rabia,
Ulises caníbal, perdido norte de Troya, fábula carnuda:
Gimiendo al paso de los que tienen alma,
alfombra asmática que vuela pero no viaja,
soy destino y final y comienzo,
indescriptible e inútil, único, dios, animal,
berreo al cielo, muerdo la tierra, la hago sangrar,
y los dédalos del vientre natural
rompen cadenas que los ataba al sentido:
Soy, Elisa de Tiro del dolor,
busco sus tesoros, hablo con él a falso amor,
inciertos los oros ya de tristeza:
Bullo en un recuerdo o un abalorio,
arraso los deseos de mis faunas,
como la liebre y el puma,

los mastico hasta la nada,
y ciego de tanta sangre
formo sus huesos,
escupo palabras.

El pelo

Hierba infinita, áurea caída de sol,
meto mi rostro en tu pelo,
y hay en él una risa
y un definitivo olor a suicidio.

Siete

Pálida muerte que me aleja,
así se cierra también el cielo:

Hay una tristeza propia,
que ajena se acerca más a la lluvia
y se aleja un poco más de mi boca.

Pero en mí duerme la tormenta

Después de

Después de la tormenta la gente comienza el festejo:

Revientan las bocas de las botellas y las putas,

derraman por igual cerveza y saliva, también sangre:

Los céfiros de carne se yuxtaponen, se erizan,

las risas duelen como grietas en el agua,

los borrachos invitan a dios a una orgía,

osos y perros y gatos bailan vales desafinados,

las mujeres son maridos, los maridos, mujeres,

un sacerdote afirma que el mundo acaba de nacer,

los truenos danzan en los ojos,

lágrima del limbo, grito amarillo, la gente es feliz:

Después del festejo la gente suspira y se saluda:

Despedidos del otro, vuelven a donde eran,

con restos de fantasía y vino en la boca,

vuelven a los escombros, miserables,
a comenzar la realidad:

Así, así como el poeta vuelve a la página en blanco.

Lo incierto

El principio como el final:

Roca asustada que vuelve a su nombre,
silencio que sale del río a callar árboles,
ruta de lo efímero, que acaba terminando,
perros de fuego en la germanía de tu mente,
mordiéndolo las venas:

El primer beso como el último,
magia de ancestros bifrontes, fragua del hombre,
aceros rodando el los huesos, luna despierta,
las vísceras del amor en las manos,
el ojo despegando hacia la sangre, a lo inevitable,
la lágrima y el suspiro del último desierto,
mis consecuencias sin acciones, lobo tuerto,
hay aullidos aún en la estepa
de tristeza ya roja, blancura por miedo:

Suave despegar de las salivas, inquietud,
es el último beso pero quema como el primero,
y ella y yo nos miramos,
sin saber si estamos antes o después,
si alguna vez fuimos reales,
escondidos del mundo sobre jardines en la lengua.

Vida invertida

Una noche alejado del motor y el grito,
silencioso, como un espejo dormido,
descendí a las cavernas de los hombres:
Ojos definitivos brillaban en la oscuridad,
ojos de hijos, de roca y tiempo y carbón,
razones lineales para morir sin gracia:
Confundido con la eternidad de la bruma
espacié las letras del invertido humano,
y contemplé a los dioses reinantes de pie
sobre las impertérritas entrañas de la realidad:
Ellos reinan cinco veces cinco
en la córnea, la carne, los tímpanos,
la lengua, las fosas nasales:
Aquí, en nuestros días sin milagros,
el corazón es ateo.

Sabedor de sentencias y afirmaciones,
me supe nonato, y crecí entonces como debía:
Fui césped acariciado por extraños hechos de brisa,
musgo gorro ignorado por el cielo,
fui luego bacterias, minerales, hierro:
crecí hasta ser algo de gas y fluidos,
me fui haciendo una carrera en la carne,
aprendí a estar en el rigor, luego ligor, luego alvor mortis:
Descubrí el latido repentino del corazón desesperado:
memoricé los rostros piadosos que contemplaban
el título de mi enfermedad ultimadora:
Aprendí a pararme otra vez y a no saber nada,
y pasó un tiempo, y finalmente acabó mi vida,
cuando llegué a ser el ser que ahora esto escribe.

Estación VIII

Esto no es un comienzo, es otoño torcido:

Se erigen como señores del agua los árboles,

flaca forma del siglo, finitud impensable,

todos del agua, vierten los pelos en el viento,

evaporan los besos en la hojarasca:

Estación tras estación regresan los muertos morales:

Se cuida de comerse el sentido y no

de digerirlo:

Firme cruz sobre los ídolos y miedo:

Los rincones oscuros me esperan

en una casa sin habitaciones:

Pero hay esperanza con la muerte por amor,

sólo los sentidos,

las cinco paredes del sueño:

Esto es un retorno, de gamellas y trigos,

de la bella reinando sobre coronas de tigres,
de corazones a su paso reinados,
de pueblos quemados por tristeza:

Desde las cenizas:

Ningún final es un comienzo:

Un final es un intervalo

entre el comienzo y la nada.

Día de nada

Lector, usted no sabe lo que es la poesía:

Arrojada en milésimas de segundos, en lustros doblados,
fuerza a la propia voz a callarse, a besar lo vacío:

Quiméricas guerras donde todo muere o todo nace,
gallineros de opaco oro sobre restos de paja húmeda:

Lector, la palabra es lo que usted desconoce:

Lo es todo, y sin embargo los salvajes en la montaña
de roca en roca se existen a sí mismos, a pesar de ella:

Hay suicidios de profetas en las tierras infértiles,
pues allí no vive la semilla del olvido, no prospera,
es el remordimiento el dueño de cada hectárea, cada
lluvia,

y poco a poco van creciendo las conciencias,
y los animales se ven desvestidos y se arrojan al lago de
la vergüenza:

Libre de cadenas pero no de vida, la poesía grita:
Más nadie entiende el suplicio, en esa hoguera circular
donde los hombres montan el fuego con lágrimas:
Tan solo festejan la luz y el calor, el olor del cuerpo
quemado:
Sabén que allí ha terminado la palabra, y de ella sólo
queda el eco:
Quizá sospeche lector, quizá, qué es la poesía:
Todo lo que usted desconoce,
de lo cual apenas le llega ese eco lejano,
retumbando en las manos ahuecadas y silenciosas,
sonando en el los rincones que la memoria quiere evitar.

El otro idioma de la muerte

A las ignoradas estatuas, que ya mármol ya piedra
se agachan sobre su falta de sombra, su vacío,
la ignorancia sobre la propia soledad:
Incineración de la idea y el modo, alejamiento del sujeto,
cercana marea de animales, y dientes, y conciencias, y
nada,
se habla desde el estómago o la sangre, y la lengua
muerta,
cuerpo pesado que la besadora judía olvida:
Toda exhalación conduciendo a lo interior,
a través de bocas de grandes casas tristes, hacia su alma,
aquí corrió tu hermano, tu abuelo dibujaba en esa pared la
guerra,
mamá hacía rituales con jueces y abogados,
jugaban cartas negadas: la familia moría cada domingo:

Y la idea del ser, de noche y sobre la cabeza, pero dentro
de la almohada,
el amor lleno de piedras y agua, el deseo y la humedad,
¿Cuántas veces hay que regresar al olvido
para vaciarlo de ausencias?
Callan, callan allá en la niebla los guardianes,
sus dimensiones no son las nuestras, somos la dimensión
de la pregunta,
extendidos sobre los sentidos y cabalgando ideas:
Ah, ahogado fuego ajeno, impropio, sin sí mismo,
lleno de otros y herido por rayos y agujas y tigres:
Todo ser se acerca al otro retrocediendo sobre sí mismo,
todo ser es un otoño continuo o un verano intermitente,
todos los seres son una estación circular,
volviendo siempre al mismo otro, al mismo olvido:
Y hay certezas en las nubes gordas de tristeza, fuego en el
cielo,
y yo, lector, olvido su presencia allí, donde lo borra la
mano,

donde lo retiene la lectura de símbolos torcidos y
ficticios,
y quien permanece sobre la piedra soy yo, quien muere,
como usted,
pero en otra vida, otra muerte:
Lector, ¿por qué me he elegido para vivirme?
¿Dónde está el otro,
el que me dicta estas horas
con el otro idioma de la muerte?

Lo tatuado

Tatuamos la tierra:

Hijos vencidos del ego, hijos de la historia,
sodomitas, egipcios, hebreos, itálicos, indios,
chinos, ingleses, aztecas, teutones:

Más y más caemos a gotas sobre el tiempo:

Qué es el tiempo, todos se preguntan, y nada,
ni el signo responde, ni el genio basáltico:

Sea quizá el tiempo la acumulación de la pregunta,
un viento indiferente a la tierra violada,
a los planos de oro, a los polvos bermellones:

Lunas perdemos, soles, arquitectura del vacío,
derrota de los pies en los senderos negros,
donde lo que ilumina es la huella y no la pisada:

Derrota de la máquina, derrota del semen, triunfo secular
invertido:

Guerra de fetos que explotan en las llanuras
y se derraman como vísceras astrales en los sueños:
Todo lo perdimos, mas buscamos lo posible, lo perdido,
en el café, la esposa, la misa, la filosofía, la cena, el
conocimiento,
un baile de sentidos, humo y relojes,
de fábricas de luces y ciencias desterradas:
Nos extendemos sobre lo ajeno, somos de nuevo siempre:
De sombra en carne, de pelo a niebla,
abrimos heridas en la piel de la duda, quemamos sus
quimeras,
la sentamos al fondo de la sala, castigada y con orejas de
burro:
Es la certeza la que es premiada en nuestra futilidad,
y asolamos el presente con mentiras químicas, aceitadas
evidencias:
De qué, el tiempo ya raza:
Tatuamos la tierra con nuestra sangre.

Los buitres

Cucarachas avanzan militares, brasa quema los dedos,

humo crea espacio, multiversos en la cara:

El desarrollo es la negación de la muerte,

la negación de la muerte es el desarrollo de la nada:

Culminación estética de la intrascendencia,

impropiedad de la finitud,

doma de tormentos en la noche alzada,

descubrimiento de la falta en la presencia:

¿Quién es? La pregunta se desarma, se desangra:

Nadie, y a la afirmación le sigue el instinto:

Las águilas y los mandriles devoran por limitación:

De muerte, la real fortaleza, la diva,

órbitas circunscritas al propio conocimiento,

al deseo de duda y violencia,

al recreo que la realidad permite:

El gran círculo de buitres sobre nosotros,

extendidos sobre la ignorancia de la soledad:

No giran sobre nuestras cabezas porque se acerque la
muerte,
sino porque huelen el duelo de la vida.

Lo que hay

No hay en este poema, lector, nada que no haya en otro:

Labios, sangre, jade, lluvia, caliza, llano, sol,
viento, baba, uñas, dioses, larvas, oro, río,
noche, motín, lengua, alba, pleamar, otoño, belleza,
mano, constelación, navaja, ámbar, caña, pelo,
tristeza, cueva, azufre, beso, osario, raíz, ser:

No hay en otro nada que no haya en este poema:

Y pletórico de sílabas, puntos, latencias y paisajes
se proclama el poeta y regala otro poema:

Nada que no haya en la nada.

Septiembre II

Busco poesía donde reina la ignorancia:

Ella espera, allá, leña húmeda y sol de septiembre:

Me fracturo los dedos ligando emblemas,

la busco para volver a mí,

la reviso para revisarme:

Máquina de escribir, sobrino con leucemia,

él sabrá cuando yo lo despida

qué es el aire que puebla los ojos al llorar:

Su hijo, ella y su hijo, yo soy el paralelo,

el sicario que orea sus angustias,

el que conoce que el mundo da un nacimiento

y pierde el vientre:

Abren las puertas de la biblioteca,

y ella me espera, de aerolito, de heno, de ruda:

La toco y confieso que soy humano,

y ella se desintegra,

tiñendo esta página.

Lo perdido

Doy vueltas sobre la pobreza, sucio y hambriento:

Mañana viviré hasta la muerte o moriré hasta la vida:

Toda finalidad es una consecuencia,

toda consecuencia un punto,

todo punto un abismo,

todo abismo una palabra,

toda palabra una espera,

toda espera una vida,

toda vida un nombre,

todo nombre un final:

Ha visto, lector, el fruto de la locura y el hambre:

Su tiempo perdido en este poema,

mi tiempo perdido en su tiempo.

Intermitencias de la noche

*Tú decides lo que es más importante:
Tu papel en la obra o la obra en sí misma.*

Leutece

I

Un hombre sobre un elefante recorre la noche

y su camino son sus pensamientos:

Las gruesas pisadas retumban en los arquetipos, la calina:

Los ojos en sangre y la fábrica traquetean,

anunciando el latido del próximo amanecer:

Suda hombres, absorbe mujeres y niños,

verdes de ignorancia sobre la existencia:

alabados sean.

Son leones raudos los coches, son presas, son destino:

El asfalto palpita y ennegrece, se dobla,

en él se abre la lluvia y la luz de las marquesinas:
Avión o águila, la presa es la misma, mismas las alas,
violencia de ladrillos, respuesta a los vergeles:
Latencias, ondas de radio que crean hombres del barro:
Marcha fúnebre o militar, rutina ensordecedora,
el hombre bate sus alas para limpiarse la verdad:
Somos incoloros a los ojos del tiempo:
Usted, es usted, lector, el hombre sobre el elefante,
y el elefante es su tragedia.

II

Saber que la locura y la muerte son enemigas,
se odian, pues una desmiente a la otra:
As i lay dying, cantó el sureño,
el asesino de cuervos:

Yo soy esa muerte,
ese punto final
que nadie espera.

III

La soledad todo lo ha dicho:
El y ella se olvidan.
El mundo los recuerda a veces,
cuando hace eco el muro:
Porcelana y laberintos,
amor negro en las tazas:
Se ignoraron para encontrarse,
como oriente y occidente,
que confundidos
ocupan su lugar equivocado en el reverso del mundo.

IV

Lector, la evoco:

¿Cómo no hacerlo, si todo lo atraviesa,
si quizá usted, lector, sea ella?

Barro su borrasca con tizne:

arrasa con el alba:

pierdo sus caminos con los ojos:

bifurca la mirada:

anulo sus faros en la memoria:

levanta soles en la escollera:

freno su sonido, que agrieta rostros:

impulsa la vejez en la música:

rompo las musas de sus tabernáculos:

erige arte en los mercados:

toso su suspiro de árbol:

planta nostalgia en la tierra.

Días de hollín y lamentos secos,
de besos sin sangre, de estaciones sin huesos:
¿Cómo no reclamarla a la ausencia,
a todo lo ajeno a esta noche,
si quizá sea ella quien escribe esto, lector?

V

No sé dónde estoy ni sé lo que fui:
No sé dónde fui ni sé lo que soy:
Los pájaros tragan ausencia
y caen a la tierra vacíos.

VI

Un mono sobre un negro:

Mi boca estalla de tabaco:

El humo la diosa y lo eterno:

La noche es una selva despierta.

VII

Mi barba acumula

27 años de mugre rabiosa, de sangre paralela,

de amor en palanganas, orfandad sísmica,

polvos y cuchillos de polvo, ratas,

caricias como puertas en la carne,

llagas de esperanza, apoteosis de la ruptura:

Panteón marino, presión del agua,

mi barba acumula la historia desangrada:

No pude encontrarme porque no me he perdido,

pero,

¿Cómo perderse

cuando no hay nada que encontrar?

El sueño del poeta

Se levantó reluciente, nombrado por cada letra del
abecedario,

bendecido por cada pluma del sol diurno, lleno de
hambre:

Caminó sobre el pasto de la casa hasta la heladera de oro:

Sacó naranjas rojas y miel transparente:

Comió angosto, sonriente, mientras por la ventana

observaba el desfile de todos los animales hermosos:

Se vistió con hilos de agua y se puso zapatos siameses,

y salió afuera:

Saludó en la calle a la Srta. Fitzroy y a su bebé de viento,

ella volvía de cambiar de marido en el mercado,

y uno nuevo, joven, duro, estrepitoso como una ola,

la acompañaba:

Cruzó los puentes revertidos de la aristocracia,
siguió por el bello camino de peces que llevaba al prado
lunar:

Allí se sentó a la sombra de un titán de caliza,
abrió un libro perentorio cuyas páginas eran radiales y
azules,
y esperó al amor sobre las doce del mediodía:

Era amado, claro, bella mujer con un nido en la boca,
niña hecha de colmenas y fuego, de ojos subversivos,
de altos suspiros elevados al eje del beso:

Se tomaron de las manos y regresaron a casa luego de
comerse

a unos niños de caramelo que regalaban en la plaza:

Llenaron la soledad de sexo, sexo rosa, híbrido,
multitud de muertes en una belleza enemiga:

Suspiraron la cena y se despidieron bajo el amanecer
redimido:

El volvió sonriente a la cama, el mar de reposo,
la altura de todas las cosas, el triunfo de una vida:

Al día siguiente despertó,

y le ardían las manos:

Miró a su alrededor, la casa destruida, la verdad en los
escombros,

se lavó la cara con sangre, comió un pan duro,

y con los ojos escribió este sueño.

El niño y la vieja

A Glady Orellana

Sentado sobre el trueno, doblado en segundos,
surjo de la abstracción al fuego:
Hay flores saliendo de los poros,
flores sin aire ni destreza:
Son gritos de pájaros vacíos:
Luna de musas, vaginas como peces cruzando la tierra,
vergas como tábanos buscando la sima de la sangre:
Así de inútil es la noche donde se duermen las noches:
Hay insomnio en el té, tu rostro de tiburón norteño,
tus dientes calados, de buey, tu lejana boca de sequía,
giralunas cóncavas son tus ojos,
marea seca de miradas:
Belleza ya olvidada, te debo una herida:
Y como león echado te oigo sin morir,

hermosa en el orden de los sotillos y la locura de estío:

Caos de infancia y resumen de lo vivo:

Tu recuerdo me arrasa, me envejece, me vuelve senil:

Vuelvo a la forma primaria, al sentido primitivo del
afecto,

tu cascada de leche llena las grietas de mi cara,

tu saliva, nieve muerta, me albea el cabello,

tu risa reventada me alarga las uñas:

Me arrugo en la espera, el tiempo se arruga conmigo:

Madre de las vacas y la cornucopia quebrada,

estoy sentado, y solo no soy más que yo:

Envejeces y te espero envejeciendo,

como un niño siendo parido por la muerte.

El cuerpo sueña el sueño

Sueño con tu pelo de caballo, tu pelo roto,
tus ojos de latón y hortalizas, tus dedos de concordancia,
sueño tus labios de arrebató, tu boca de bestia,
tus dientes de astrolitos, de birlochas empapadas,
sueño tus tetas de tierra, tus pezones de sangre,
sueño tu ombligo de sombra, tu ombligo vórtice,
sueño tu sexo de agua, tu sexo de baldaquín escarlata,
sueño tus piernas de soto, tus piernas de seísmo,
sueño tus uñas de caracol, tus uñas de fiebre,
sueño tu espalda de nido, tu espalda de aire,
sueño mi sueño en tu cuerpo, tu cuerpo de sueño:
Sueñas mi sueño en tu cuerpo,
y me despierto,
y nada puede ya desnudarte.

El descenso

Bajo por el útero del tiempo,
hacia las reversas estaciones,
la gruta del honor donde yacen consumidos héroes:
Bajo hacia la piedra y su lomo,
ruedo en su espina y rasuro sus miembros:
Rueda hacia arriba, canto devorado, de pluma muerta:
Bajo como el día al amanecer muerto,
que cae como el grito de Roma en fuego,
cayendo inversamente hacia lo inmortal:
Bajo por los bejucos del conciente,
lo mudo, la carcasa de diccionarios que protegen
el equilibrio de las fronteras:
Bajo como el final, fuego recíproco,
agua recta, evolución de la noche:
Reviento en la caída sobre el último páramo,

allí donde sin paciencia espera usted
que el tiempo se frene y arranque las horas de su cara:

Ha ido, lector, leyendo esto, de arriba hacia abajo,
no sólo ha descendido su dedo o su mirada,
ha visto también mi descenso:

Pero, lector, déjeme hacerle una pregunta:
¿Cómo sabe usted que esto es un poema
y no una trampa?

La salida

Los que bajo el gas otoñal claman, derrota a derrota,
una señal angélica y oxidada del vórtice vivo, la montaña
herida

de cada vanidad que se doblega en el hollín de la nulidad,
los alegatos áureos llenos de poetas, los magnos,
los que execran con la mano y se elevan preciosos,
sin saber que sus entrañas están vacías y sus fruslerías
llenas de polvo:

La estrella proterva del infeliz come lienzos y escarpines,
allí abajo también se inclinan los verdugos
por un pedazo de cuerpo, un trozo de lógica:

Se amontonan sobre la marea de cadáveres,
como nosotros, que paseamos los florales collados
y revertimos la imparcialidad de los muertos:

Los que saben del norte, del cuadrante nómada,
del sur escaldado, este y oeste desvanecidos,

los que abren puertas, una tras otra, en el gris y en la
ausencia:

Todos corren y escapan, pues la existencia se quema:

Todos buscan una salida,
un escape a la rabia de lo real,
pero al encontrarla
solo que han salido
por una nueva entrada.

El hermano

A Alan

I

Harto del hambre y la poesía, el hombre llora:

Hay una cellisca de silicio cayendo lenta sobre los
cristales

y casi rotos de la cámara que nada filma:

Rueda sobre cuerpos grasos, rueda sobre el asco,

su raíl es el de la duda, su guión es mudo:

Blancos caen los recuerdos del padre

y su oreado diente falso, sus mates sin fondo,

mi hermano sufre en las esquirlas del trigo,

el silencio exterior de la esperanza:

Querido, este lodazal de existencia es aún nuestro,

no lo hemos perdido reventadas aún las otoñales gracias:

Si morimos es porque ignoramos,

si vivimos es porque morimos:
No hay prisa en esta muerte de vivir,
hay tiempo de hierro y luz, de leche y plumas,
nuestro tiempo es el de la sangre:
Y esta corre en relojes
que se cierran al caer las primeras hojas.

II

Hermano, yo te quise hecho dios:
Hoy te quiero hecho nada, reducido,
humillado, sufriente, cristo e inútil:
Si hay pesar es porque yo te quiero en él,
si la muñeca se te quiebra en la vigilia
de la violada gnosis social, su noche y tarde y día,

es porque esos huesos sin formarse,
esos que besos en la negrura, que tiemblan en mis
nervios,
esos huesos articulan el cuerpo del amor:
Si callo en las llagas de tu cuerpo
es porque existo en el dolor
y es inútil toda palabra, todo abrazo:
Grietas en la roja montaña, Iguazú,
ese sueño como otros que desconocemos,
porque ni los sueños nos pertenecen,
o acaso se hayan muerto ya de hambre:
Hermano, te quiero nada, te amo en el polvo,
te adoro cuando la noche es más negra,
en tus huesos, suaves vestigios de un mundo
modulado por la belleza de tu sonrisa
cuando la música se come pájaros en la luz.

III

Latas de arvejas, telarañas verdes, arpas rígidas:

Es el atardecer, tren sin pasajeros, parada sin rieles:

Línea paralela, destino de ballena, azar de neón:

Es la noche, música sin notas, notas sin dientes:

Rebeldía de alambre, parques frugales, calles ígneas:

Es la tarde, tierra sin promesas, polvo en el ojo:

Oro de pan, café herido, misas de sangre:

Es la mañana, cabello que yace, tristeza castaña:

Pequeño como el sol cuando llora,

infectado de sombras y bemoles, dulce sólo en la boca:

Rareza de lenguajes, todos los mismos los mismos en

nada:

Conciencia prima, dedos blandos, certeza de muerte:

Es el día, hijo que parimos, hermano,
con la cópula de los silencios:
Es quien nos cuidará cuando el último lecho nos llame:
Ámalo, ámalo hermano,
que yo estaré cubierto de tierra y pelos,
y será el día quien te cubrirá con su manta
y te romperá la tristeza en el olvido de toda poesía,
te hará día en una ejecución feliz:
Así podré visitarte, siempre con palabras en las manos
y flores entre los dientes y gracia en el pelo ralo:
Todas las mañanas, los atardeceres, las noches y los días
no serán esas palabras que nadie entiende,
serás tú, hermano.

Lobera

A Sandra Figueroa

Doblegado bajo el hambre y los hipnóticos,
oí tu voz de papel, tu voz que tinta chorreaba
por cada orificio del teléfono:

Fui espíritu entonces, y te recorrí como a lo
desconocido:

Aquí hay olor a estaciones, hiede a carriles,
la casa retumba de pecados mientras asciende el
tren análogo:

Yace bajo la losa una historia de familia y arte,
de torsiones mecánicas en la merienda y el luto,
de pictóricas agallas y úteros guerreros:

Yace el arco partido y el autómata,
yace doblada la familia en frascos rotos:

Hay en las paredes manchas genéticas, y en ellas

la gracia:

Desde el sur al centro te fuerzas por escalar

una corona de barbitúricos y fantasmas:

Sobre ella reinas, esclava del acento y el piano,

bajo tu silueta de matriz indomable,

orquídea de extramuros:

Has sabido dedicar cada hora a cada rozo,

reventar cada palabra en cada órgano, y las has

regalado:

¿Has visto, querida, que uno dedica vida?

Y es el tiempo, devorador de epístolas e imperios,

y su dolor que va arrinconando la vida:

Pero, loba pájaro, esta pérdida de vida nos ahorra

muerte:

¿Te has visto llorando en el espejo?

Somos los regaladores de entelequias, los faunos

de ajenos óleos:

Al escribir uno dedica, alma, alma mía,

y en el epígrafe tapa con sangre un nombre:

Has regalado un poema:

Y es que, ¿cabe duda alguna?, esa persona es el
poema:

Pero, rauda, bestia inquieta, secreción sureña:

¿Qué somos nosotros para el poema?

Nosotros, irreal, sinsentido

Busco no ser en la palabra:

El hombre ha sabido, y sabe, que nada hay para decir,
que es mejor callar, y ha inventado la escritura:

Esguince en la roca, páramo de tinta:

Es mi existencia o su negación que la afirma:

Rotas carlancas de damas blancas y azules
se amontonan en el pensamiento:

Como el mosquito en el oído,
diciendo secretos que solo conoce la noche:

El universo es parido esta noche mil veces en los
hospitales:

Lloran las agujas y las madres:

Todos los días la misma hora a la misma hora es el
mismo día:

Y me escuece la tristeza y el tabaco,
y me trepan las arañas y las lágrimas,
invertidas de tanto dolor:
Estiro ahora la mano, la carne cruje, y soy
quien esto escribe
pero apenas para ser otro:
Quizás quien me lee,
leyéndome sin haber escrito esta página.

Sin abandono

La noche tiñe de otoño el agua de mi taza:

fría la bebo, pues es la estación del abandono:

Se cavan sueños en las nubes, morada

de las aves internas:

Se oye el rumor de las alpargatas y los sollozos de las

polillas:

También ellas adolecen soledad en la finitud de la ropa:

Las casas lloran niebla al espejo de la noche,

este animal, este vertebrado de zafiro:

Tan fuera del horror y su propio límite:

No me abandone, lector, aún soy:

Que vivo un muerto

cuya tierra se consume.

Cuatro y algo de la madrugada

¿Por qué me siento tan pálido
y de pronto, en un golpe de viento,
elevo la cabeza
para silenciar a los jardines?
¿Qué es lo que nos da tanta muerte
si los osarios se desdoblán
y los gallinazos caen
como lágrimas hacia el cielo?
¿Qué ocaso es este
que despierta tu belleza
y al iluminarte el sol
se levanta tu ausencia?
Son las cuatro, cuatro y algo de la madrugada
y la noche no existe.

Imagine a una mujer golpeada

A las víctimas de violencia de género

Imagine, lector, a una mujer golpeada:

Derramada en el suelo como agua muerta,

el rostro duro bajo la agrietada máscara de sangre,

los labios inflados como moras frescas,

la lengua sopesando dientes derrotados,

los ojos como lunas vacuas bajo la noche de los párpados,

el cabello hirsuto y fútil como mala cosecha,

en el cuerpo los huesos sonando,

sonando como en una casa vieja:

Ahora que lo ha imaginado, lector, dígame:

¿Por qué ha golpeado a esta mujer?

Pues si este poema le ha parecido una barbarie,

rúmielo, lector querido,

pues el pensamiento es el primer puño

con el que lucha la víctima.

Asco de Buenos Aires (blues del pájaro)

Nena, como el borracho
al que el vino le derramó la cara
me derramo como densa leche, niebla entera,
entre las piernas de suburbios abandonados,
en los pelos de cuerdas rotas,
de saxos tapados con el pelo de la vejez:
Grita una bemol paralela, una negra rota,
giro los dedos como el tambor de un .44, martillo,
vuelo como el gato rojo sobre el metal furioso:
Nena, me vuelvo llanto,
como el día que hace luto y es la noche:
Vibraciones me recorre, hierven mi espina azul,
batallan mi asedio etílico, de agujas, del olvidado
en los callejones del tiempo:
Ciudad tóxica, que pende del borde del cigarrillo,
ciudad que se te cae de la boca, nena,

y está marcada no por tu rouge sino por la ausencia de tu
boca,
camino bermejo, crujiente, rodado:
Pienso irme a la ruta, nena, cabalgar la serpiente de vapor
y brea,
pero soy renuncia, y ruedo sobre un blues hasta mí:
Nena, no puedo estar ahí, donde tu sombra hace historia:
De dos no se hace uno, uno se destruye por dos:
Me regreso al vórtice de mi libertad ahumada,
porque mi realidad está totalmente fuera de mí, nena,
así sólo soy libre cuando no soy:
Como el pájaro es más libre dentro de la jaula,
porque la jaula de afuera es demasiado extensa, nena.

El cuento

Existo en esta noche y no en otra, y no es nada:

Tengo hadas en los dedos y cuentos en los ojos

que se lamentan del vicio circular humano:

“Teníamos un principio y un final”, dicen, “Éramos felices”;

Ahora todo se ha revuelto y nada puede atar la noche:

Albañales y hombres se abren, sus principios, sus finales,
y nada los empieza ni los termina:

Son tan infinitos como la tristeza, y tienen una hoz en el
pecho:

Mi noche es esta, la de plasta, la de fuego, la borrasca:

Ella es la tormenta:

Un día lo perderás todo, tu memoria, tu pasado, tu carne,
tus huesos:

Será entonces cuando alguien bajo un negro álamo
afine su pluma y empiece a contarte,
sin principio ni final,

un cuento dentro de otro cuento,
una ejecución
sin verdugos ni muertos.

Soledad en la siesta

Si le hablo, lector, es porque no hay nadie:

Yo no estoy y usted tampoco,

y básicamente nos creamos con esta mentira:

Así voy desparramando esta sangre negra o azul o verde,

y los álamos se cierran como viejos acordeones tristes,

donde nada canta, nada, efluvio, carne transferida y

morada,

y se rompen los caudales en la frontera, pues no son

ideas,

son hombres de cal deshaciéndose sobre sus carabinas,

y no hay sueño, y no hay recuerdo, y foto tu correa, la

sonrisa,

el niño que triste despediste bajo las sombras dobladas

del espigo y la sierra, del color que no muere más que de

madrugada,

y la noche envejece junto a su cama, y piensas en su

barril nocturno,

sus ahogos medianos, sus fetos amaestrados, y no hay
lugar en la tierra:

Felicidad de cojines y desiertos, dualidades, aperturas,
imposibles,

toda existencia a las horas, todas las horas al día, y el día
se acaba:

El concierto de tu vida tiene precio, a la entrada dicen
que es uno

y acaba siendo otro, y el público es de brea, algo de
cabra, oro y mirra,

sin regalarse se ausentan al pico musical de lo sordo,
y oyen cómo se retiran las sombras de los que antes
actuaban,

y bajo la guillotina de las estatuas ceden las cabezas,
infinitas,

crecientes, persistentes como la yedra,

rojas como la tarde que se resiste al rebaje:

Y el desfile del domingo, o del lunes antes de ser día,
y te lamentas de no haber comprado el periódico

para ver si las fotos hacían algo más real la rutina:
Y no alcanza, con uno o dos tornados, con tres o cuatro
acordes,
la inclinación hacia el pozo de los deseos, que se contrae
y escupe
todas las monedas por un pedazo de amor:
Y salen ellos, y es hora de la siesta aunque tu cama se
desangre de amor,
que caiga por una espiral de pelos y cruces
hacia donde siempre callan las luciérnagas,
porro de malta, fiera de Zanzíbar, rueda brújula, instante:
Ella está lejos y te callas, no vaya a ser que la despiertes,
el día fue duro cuidando a los niños,
la carta de la abuela decía que bajo los puentes de
Londres
morían los poetas:
Vaya a saber lo que la tierra pisa si lo que la tierra traga
sigue o muere, es el instante, perra de luz, es la hoz y la
vela,

es la frigidez de los músculos al encontrar tan graciosa
belleza:

Vayamos acabando con la mentira, lector,
suficiente tiempo de inventarnos hemos tenido
bajo las luces de una ciudad muerta:

Vaya, sáquese los ojos, no vuelva a leerme:

De noche o por la mañana alguien le traerá una rotunda
noticia,

contándole que doña Rita ha fallecido,

y que usted no existirá hasta la hora del desayuno.

La cuna de los soles

He aquí la cuna de los rapsodas, los zares, los egregios:

Dioses y borrachos ante ellos se inclinan,

hay algo de Malasia, de Bulgaria, de España y Creta:

Hay de oros y cenizas y estalactita y manzanas,

hay de fronteras como arrugas en la cara de la tierra:

Aquí se doblegan todas las pieles, ante ellos,

los cabra, los seres humo, los bueyes de malta:

Son acunados en lo eterno sin el conocimiento,

son bañados de semen sin la experiencia,

son innecesarios más que para sí mismos,

y por ello el mundo los adora:

Quién osaría bajar la espada o rodar la hoz,

quién, si se los lastimaría, se los abriría

y podría verse su relleno de paja, de letras insecto:

Hay soles en esta mano, también, pero ellos mueren

luego del parto:

Un ser sin rostro debe ser intrascendente, debe ser de
polvo,
pues no pertenece al sùmmum de la existencia,
sino que se revela como impropiedad y otra vida
en el ignorar de los soles, sus tabernáculos,
conocimiento donde triste el desconocimiento se
desconoce.

Unos segundos

Clamo por tus ojos nublados este invernar:

Hay un paso fuera de lugar en los ríos,

un cuerno vacío, un trigal sin nacidos:

En la siega bajan las cabezas los cedros, la ruta

se dobla en el paralelo de los mirasoles, su gloria:

Invoco tus breves dedos en el instante ya caricia,

fugaz pardal que se resume y resucita entre tus venas:

Clarea el alba ya lira, música sin cabeza:

Ahorro tus días en un limonero, exprimo finales,

de tu belleza ahoga un último invierno:

Si pudiéramos morir un segundo, viva, imperio,

si pudiéramos esta tarde morir unos segundos antes que la

muerte

haremos la vida en el dolor que nos quede.

La broma

Hay un espacio para la risa, un hueco en el estómago,
abierto por el rejón de la realidad:

Un hueso quemado por el salobre, un círculo romboide,
un beso sin saliva, un papiro mojado, un horizonte al que
se llega:

Hay lechuzas en los huesos e historia en los residuos,
más de ella no hablan sino los cobardes que han
sobrevivido:

Lo que organiza el chiste es la carne,
pues de ella se desprende todo escenario:

Hay quienes afirman que el asesino de Filipo II
debe atestiguar la miseria eterna de su familia,
convertidos todos en estatuas blancas:

Otros que los idólatras españoles
deben embalsamar los 8 cuerpos de Atahualpa
en habitaciones verticales que incesantemente
se llenan de oro:

Otros que la serpiente debe morder su cola
con la boca de su espejismo
bajo las hojas del sendero Mohawk:
Todo balance es una equivocación del caos,
he aquí el chiste.
Siéntese en su cómoda silla o su roñosa cucha, lector,
lea este poema y búrlese de él,
luego mire hacia abajo y recuerde
que la broma es a cuesta suya.

Lo que no existe de noche

Es de noche, y existimos:

Alrededor de la casa

fieras sueltas de noche, entidades vivas,

soledad pinchuda, sales de armonio,

crestas sin gallo, olas quebradas,

cae de bruces el farolero derramando el aceite:

La noche se cierra de invierno en tu sopor animal,

y el fuego enciende el cabo de tu lengua:

Y es entonces el sueño que despierta,

la perspectiva se nubla por el humo de la conveniencia,

y lo único instantáneo es la tragedia:

Mas subes a lo alto de tu belleza, dura, ceremonial,

das de golpe con el cielo, bajas a él,

conoces que desconoces el camino,

vuelves por el sueño y sin despertarte

enciendes la luz:

Todo se ha extinguido.

El aborto

Es el filo sobre mi garganta:

es la gárgola quieta en mi espina:

es el círculo de café sobre la sangre:

es Nínive ahogándose en el Tigris:

es el hambre del perro polvo:

es la huasca sobre el cielo:

es la llegada del hombre a su sombra:

es el cielo dormido sobre Judas:

es la biblioteca tísica en medio del tornado:

es inteligencia de la costumbre:

es instinto o su silencio:

Entre rudas maromas apretada,

es la palabra que infecta el vientre de la razón:

Y crece como luna rendida, quizá amada:

Llegada la hora del hombre y su comienzo, la decisión:

Al leer, yo soy parido, lector, por sus ojos:

Mas al canto del gallo metálico, las cero de la nada,

cuando todo es silencio y yo soy el silencio,
este poema no existe, y yo soy el aborto de su conciencia,
lector,
sombra solitaria que ignora la sombra de las palabras:
de alguien que no soy yo.

Simón

Las piernas como olvidadas pilastras romanas,
manchadas de polvo y recuerdo del polvo,
los dedos tensados como cimbras, róseos:
Hay espectros en la avenida, cuando cruza,
se curva ante el hambre, que lo riega cual vergel,
lo doma como el león doma a la jungla:
Firma el suelo con los pies desnudos,
se despide de sí mismo a cada paso,
y cada huella es un fanal de su voluntad:
Guía a los caminantes diurnos, cada huella,
ilumina los palacios de las rutinas,
lleva a los hombres sanos a casa,
mientras él sigue caminando, dejándose a cada paso,
volviendo hacia delante, desapareciendo
en la niebla de su impropiedad:
El cuero le duele y lo olvida, y a veces se le queda
dormido,

cual tigre cazado y hecho adorno
en la sombra de los hombres, la antesala del mundo:
Allí duerme a veces sin ojos, se cuela en los sueños
de la ciudad, obesa de tanto soñar:
Torrente sin brida, consuelo sin fábula, hada caída:
He aquí él y su existencia, su mascota,
hecha del barro de Babilonia:
¿No me daría un plato de comida,
o un techo, lector,
para este niño, que se me muere en las palabras?

La construcción

Déjeme escribirlo, lector,
déjeme perforarle los dientes con un punto,
déjeme apartarle la sombra con una coma:
Mire ahora sus manos, son derroteros, esquelas,
migajas de sudor, ojos vivos, ruedan en ellas,
su frente se arruga ante la afirmación:
Son las líneas entre estas palabras,
las grietas análogas que roen su cuero:
Veo los ojos, y la carne y las flores que amontonan,
veo una tarde de lluvia fina, gotas como pedazos de pan,
frío como caricia de buey, golpe de tormenta:
Alineo el metal de sus uñas, parto su memoria,
lo creo a medida del vapor, del ruido:
Los osarios guardan el pensamiento que no pudo ser:
Déjeme confundirlo,
son rayas de tigres las várices, se llena de petróleo la
boca,

las venas laten con silencio, corre por ellas enfebrecido,
hay castillos de agujas en el páramo de su ombligo,
quién en el tiempo se calla y habla de usted, no,
no soy yo, es la imagen del fuego:

Empiece por aquí, rompa este poema, alce la vista,
destrúyase:

Al acabar no hay este poema y no hay lector:

Hágase la nada.

Silencio cero

Falso invierno, hoy abro las palabras, sin inspiración,
el tejido duro del viento, los cometas de brío roto,
aguja lunar que teje la noche, esta noche sin noche,
sin palabra, sin calles, falso, falso invierno:

Esta noche de nada, giro de sangre, ronquido de palabra,
poeta muerto sobre la calle o la página, un crimen o
justicia:

Falso invierno, sin inspiración aspiro, inspiro,
el cordón de la palabra al nacer, una carta a los muertos,
una carta de despedida, residencia fuera del aire:

Falsa luna, falsa estrella, estirada a lo hondo, y hacia la
nada,

deseo de diente amarillo, mandíbula rota, cristales como
rostros,

gatos sin ojos que recorren el lomo de la noche, falsa,
falsos,

gatos de fuego, de papel quemado, beso de niebla:

Falsas palabras, tierras comidas, maíz sin reposo,
caja torácica del sol yaciendo al costado de la noche,
como una osamenta roja y olvidada:
Falso invierno, y esta noche se dobla,
se martiriza, se hace vieja como mi palabra:
Debería haberme callado en el silencio:
Padre de todo y tumba de todo.

Los interfectos

La cruz en el pecho:

como un pájaro muerto:

El violón sobre la roca:

cabeceando en las termas:

La carta dada vuelta:

con las venas abiertas:

El viento arrastrado:

llevando una corona de flores:

La luz desnuda:

arrojándose del onceavo piso:

La sombra sin cuerpo

quieta en la sangre:

Estas son historias de suicidas, perros vacíos,

águilas sin carne:

Y yo me siento en este trono de tiempo

donde el único muerto es el tiempo.

Lo blanco

La página en blanco se va llenando de secreciones,
atrocidades y fábulas:

Me siento arrancado por el vacío albo, la cara sepultada
de la noche:

Hay grifos de agua rumiando en mis rincones, y duendes
con alma de mujer:

Lágrima que es riel y caballo, rueda que es lluvia,
belleza destripada sobre la mano:

Y el blanco de tus ojos, rojos como la carne violenta,
altos como la palabra acaso:

Miran alrededor, inquisidores, verdugos de la muerte,
giran como un arco tensado y me extravían:

Tus venas son las líneas de este poema,
tu espalda nivea una página vacía:

Pero es todo lo que tengo, tú, que lees en tu faro paralelo,
que agachas la bella cabeza como una gárgola triste,
que raspas con las uñas el tejido de mi sueño:

Hojas en blanco, no hay más nada:

Siquiera lo escrito es una nueva hoja,

pasada en claro por la suspensión de tu equilibrio:

La página en blanco se va vaciando de ti mientras te
escribo.

Obús lírico

Escribo y es crear carne, tensar músculos, vaciar

testículos:

Hora de jade sobre el paraíso, mano de hierro en el denso

añil:

Amigo, amiga, rey pardo, envenenado por oro en la cena:

Cristo submarino que respira el agua para formarla:

Hilo de vino acre, vino insultado, derramado

del costado de la coral:

Frágil estatua bifronte, camino partido por la huella:

Soy reloj desterrado, una aguja en la armonía, una madre

arrepentida:

Me rehago en el fulgor que deshace el contraste:

Furia de pampa, limbo nonato,

acabo deshaciéndome en lo deshecho,

y armo este obús lírico, voy hacia la detonación autora,

me inmolo en su lectura, lector,

y lo arrastro conmigo al blanco de esta página

donde el tiempo no es tiempo

sino pérdida de instinto

de raza

de trueno

de tigre

de tizne

de tiempo

Noche posible

Es de noche y mi poesía es hueca, la oigo:

Poesía vacía:

Hasta el agua tiene algo que llenar:

Y los grados caen como anclas o tierra,

y la noche bajo la tierra siembra

su silencio de iglesia:

Verdean en los dedos pastos escarchados, rizos,

semillas de cuentos púrpuras:

Hijos del gato y la fábrica,

nos sumergimos en los charcos del sueño,

brotados como la niebla en los faros:

¿Llegaremos a ser mañana?

La noche lo sepulta:

Sólo papiros en espaldas de gigantes,

lo que fulgura es lo que se extingue:

Pues quien escribe en la oscuridad

debe primero saber apagarse.

Los juramentos

Juré que no moriría sin antes volver a amar:

Juré que resistiría el canto metálico de los gallos

infinitos:

Juré que doblaría el sentido del invierno:

Pero mi corazón es débil, y se queda dormido a veces,

al costado de los desiertos y los mares:

No pasará de muchos abriles, no llorará

demasiadas lluvias:

Juré cerrar los ojos de Pandora, pasear su caja:

Juré tocar, solamente tocar, la tibieza del sol

si tan solo yaciera en mi cama:

Juré domar el corazón de la tormenta:

Juré morir por amor antes de morir:

Pero aquí me ve, lector,

escribiendo mi propia tumba,

cavando mi propio poema.

Índice

Lo quemado.....	9
Nada, Nadie.....	11
El insomnio revertido.....	12
El miedo.....	14
El pueblo.....	16
El amigo/el dios muerto.....	18
El lamento de don Calvo.....	19
El segundo lamento de don Calvo.....	21
Cicatriz.....	23
Sobre la duda.....	24
El nombre.....	26
Los huesos.....	28
El pelo.....	30
Siete.....	31
Después de.....	32
Lo incierto.....	34
Vida invertida.....	36
Estación VIII.....	38
Día de nada.....	40
El otro idioma de la muerte.....	42
Lo tatuado.....	45
Los buitres.....	47
Lo que hay.....	49
Septiembre II.....	50
Lo perdido.....	51
Intermitencias de la noche.....	52
I.....	52
II.....	53
III.....	54
IV.....	55

V.....	56
VI.....	57
VII.....	57
El sueño del poeta.....	59
El niño y la vieja.....	62
El cuerpo sueña el sueño.....	64
El descenso.....	65
La salida.....	67
El hermano.....	69
I.....	69
II.....	70
III.....	71
Lobera.....	74
Nosotros, irreal, sinsentido.....	77
Sin abandono.....	79
Cuatro y algo de la madrugada.....	80
Imagine a una mujer golpeada.....	81
Asco de Buenos Aires (blues del pájaro).....	82
El cuento.....	84
Soledad en la siesta.....	86
La cuna de los soles.....	90
Unos segundos.....	92
La broma.....	93
Lo que no existe de noche.....	95
El aborto.....	96
Simón.....	98
La construcción.....	100
Silencio cero.....	102
Los interfectos.....	104
Lo blanco.....	105
Obús lírico.....	107
Noche posible.....	109
Los juramentos.....	110

Aquí puedes contar algo sobre ti para que los demás sepan que realmente eres Ivan

¿Y qué decir? ¿Quién es Ivan? Esto que escribe o lo que se desliza por las tardes cuando el sol se va muriendo, hacia el costado de los finales y las agujas. Esa sombra, ese pedazo de barro intocable, ese dios opaco, una letra, miles de años de accidentes genéticos, hijo, Caín, dientes de leche, sangre, don nadie, don, regalo del cielo, Calígula, abeja que ha picado y respira paciente la muerte, llanos de hombres ceniza, claroscuro, guitarra, juguete recibido en una Navidad ejecutada, años, muchos años atrás, condones en el jean, manos de mujer esperándome en el umbral de la soledad, una sombra con una sonrisa, diosa o tigre, reposando, yo en su vientre jamás yo, niño que ha sido hombre, niño que ha sido luz, hombre en las tormentas, arena de dientes, máquinas sobre mi cuello, gatos y perros, eléctricos como esa noche de suicidio, y en el hospital quién, cuándo, si yo había muerto: Pero la vida es otro acierto de la muerte, y de ella, parido, palabras, se me deslizan de la boca y los dedos, y confundo, y marchó como un león en una caja de rayos, partiendo los árboles de la memoria, exclamando que el reino de los hombres ha de terminar y que mis palabras son la frontera del silencio absoluto.